

Montessori

Revista mensual ilustrada

ORGANO DE LA

SOCIEDAD MONTESSORI, AFILIADA A LA ASOCIACION INTERNACIONAL MONTESSORI

DIRECTORA: DOCTORA MARIA MONTESSORI

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CASA EDITORIAL ARALUCE: CORTES, 392 — BARCELONA

Año I

Septiembre 1935

Núm. 9

Escrutando en los períodos sensitivos

Quinta de las Conferencias que la Doctora María Montessori, radia semanalmente desde el micrófono de la Radio Asociación de Cataluña

La encarnación y los períodos sensitivos se podrían comparar a un póstigo, abierto sobre los hechos íntimos del alma en formación, que nos deja casi entrever los órganos internos que al funcionar elaboran el crecimiento psíquico del niño.

Son las sensibilidades interiores las que, en el ambiente multiforme, guían en la elección de las cosas necesarias y de las situaciones favorables al desarrollo.

¿Y cómo guían?

Guían haciendo al niño sensible para ciertas cosas y dejándolo insensible respecto a las demás. Y cuando se manifiesta en él una sensibilidad determinada, es como una luz que ilumina sólo aquellas cosas y no las otras.

Y es allí en aquellas cosas donde está concentrado todo su mundo. Pero no se trata sólo de un deseo intenso de encontrarse en aquellas situaciones o de asumir aquellos elementos. En el niño existe una posibilidad especialísima, única: la de poder animar en sus particularidades más íntimas y delicadas sus instrumentos motores.

En estas relaciones sensitivas entre el niño y el ambiente está la llave que puede abrirnos el fondo misterioso, en el cual el

embrión espiritual realiza el milagro de su crecimiento.

Podemos imaginar esta maravillosa actividad creadora como una serie de vivas emociones que surgen de la subconsciencia y que, al contacto con el ambiente, forman la conciencia del hombre. Estas emociones van de la confusión a la distinción y después a la creación de la actividad.

Un ejemplo clásico es la adquisición del lenguaje.

Los sonidos del ambiente han permanecido hasta entonces confusos e indistinguibles en el caos: de este caos surgen, de repente, distintos, atrayentes, fascinadores los sonidos de un lenguaje articulado e incomprendible: y el alma, que aún no posee la facultad de pensamiento, escucha una especie de música que llena de armonías su mundo interior.

Entonces las fibras del ser infantil experimentan una sacudida; no todas sus fibras, sin embargo, sino solamente aquellas designadas, y que, hasta el momento, sólo han vibrado para lanzar gritos descompuestos e inarticulados: y que ahora se manifiestan de un modo regular, con un orden y una disciplina que varían su modo de vibrar.

Poco a poco el oído va escrutando y la lengua se mueve con una nueva animación, sintiendo vibraciones interiores; busca la garganta, los labios, las mejillas como obedeciendo a una fuerza irresistible e ilógica.

Estas vibraciones no sirven aún para nada si no es para producir un goce inefable. En toda la pequeña persona del niño se puede advertir este goce que se despierta en él, cuando con los miembros contraídos, los puños cerrados, la cabeza erguida y dirigida hacia una persona que habla, fija intensamente los ojos sobre los labios que se mueven.

Está pasando por un período sensitivo: es la orden divina que inspira con su soplo las cosas inertes y despierta en ella el espíritu.

Este drama interior del niño es un drama de amor: es la única y grande realidad que se desarrolla en las ocultas regiones del alma y que, poco a poco, la va llenando toda.

Estas actividades maravillosas, que no pasan sin haber dejado su sello indeleble, que hacen al hombre más grande y le dotan de los caracteres superiores que le acompañarán toda la vida, se realizan en la humildad del silencio.

Todo sucede de un modo tranquilo e insospechado, siempre que las condiciones del ambiente externo correspondan suficientemente a las necesidades interiores.

Pero cuando en el ambiente se oponen obstáculos al funcionamiento interior, entonces la existencia del período sensitivo puede manifestarse con reacciones violentas, con desesperaciones que nosotros juzgamos sin causa y que por esto llamamos caprichos.

El capricho se manifiesta en un aumento de actividad inútil y descompuesta que podría compararse en el campo físico a las altas fiebres que acometen de improviso a los niños sin una causa patológica proporcionada.

Sabemos que es propio del niño la particularidad de padecer elevaciones impresionantes de la temperatura por pequeñas enfermedades que dejarían al adulto casi en su estado normal: una especie de fiebre fantástica que luego desaparece con la misma facilidad con que se ha presentado. También se pueden presentar, en el aspecto psíquico violentas agitaciones por causas mínimas, agitaciones que no están en relación con las

causas, sino con la sensibilidad excepcional del niño.

Siempre han sido observadas estas reacciones; en efecto, los caprichos del niño que se presentan casi desde su nacimiento, fueron consideradas como pruebas de la perversidad innata del género humano.

Pero si toda alteración de la función es considerada enfermedad funcional, debemos llamar enfermedad funcional también a las alteraciones que afectan a la parte psíquica de la vida.

Los primeros caprichos del niño son las primeras dolencias del alma.

Los caprichos fueron advertidos porque los hechos patológicos son los que se ven primero. No es la calma la que plantea problemas y obliga a reflexionar, sino los trastornos. Las cosas más aparentes de la naturaleza no son sus leyes, sino sus errores, y por ello nadie se da cuenta de los signos externos imperceptibles que acompañan a la obra creadora de la vida, ni de las funciones que después los conservan. Los actos de la creación, como los de la conservación, permanecen ocultos.

No es, pues, extraño que en el niño hayan resaltado solamente las enfermedades psíquicas, permaneciendo en la más profunda obscuridad el funcionamiento normal del alma. Y, es tanto más comprensible, si se tiene en cuenta la delicadeza de las funciones psíquicas que elaboran sus construcciones en la sombra, en el secreto sin tener ninguna posibilidad de manifestar.

Cierto, que la afirmación es un poco desconcertante, pero no absurda; el adulto ha conocido solamente las enfermedades del alma infantil, pero no su salud: el alma sana permanece oculta, como todas las energías del universo que no han sido descubiertas todavía.

El niño sano es como el mito del hombre creado por Dios a su imagen y semejanza; pero al cual nadie jamás ha conocido; porque ha conocido sólo su descendencia deformada desde el origen.

De pequeñas causas, precisamente allí donde se origina la vida, pueden derivarse las más profundas desviaciones: y el hombre crece y se madura en un ambiente espiritual que no es el suyo. Vive como dice la tradición: habiendo perdido el paraíso de su vida.